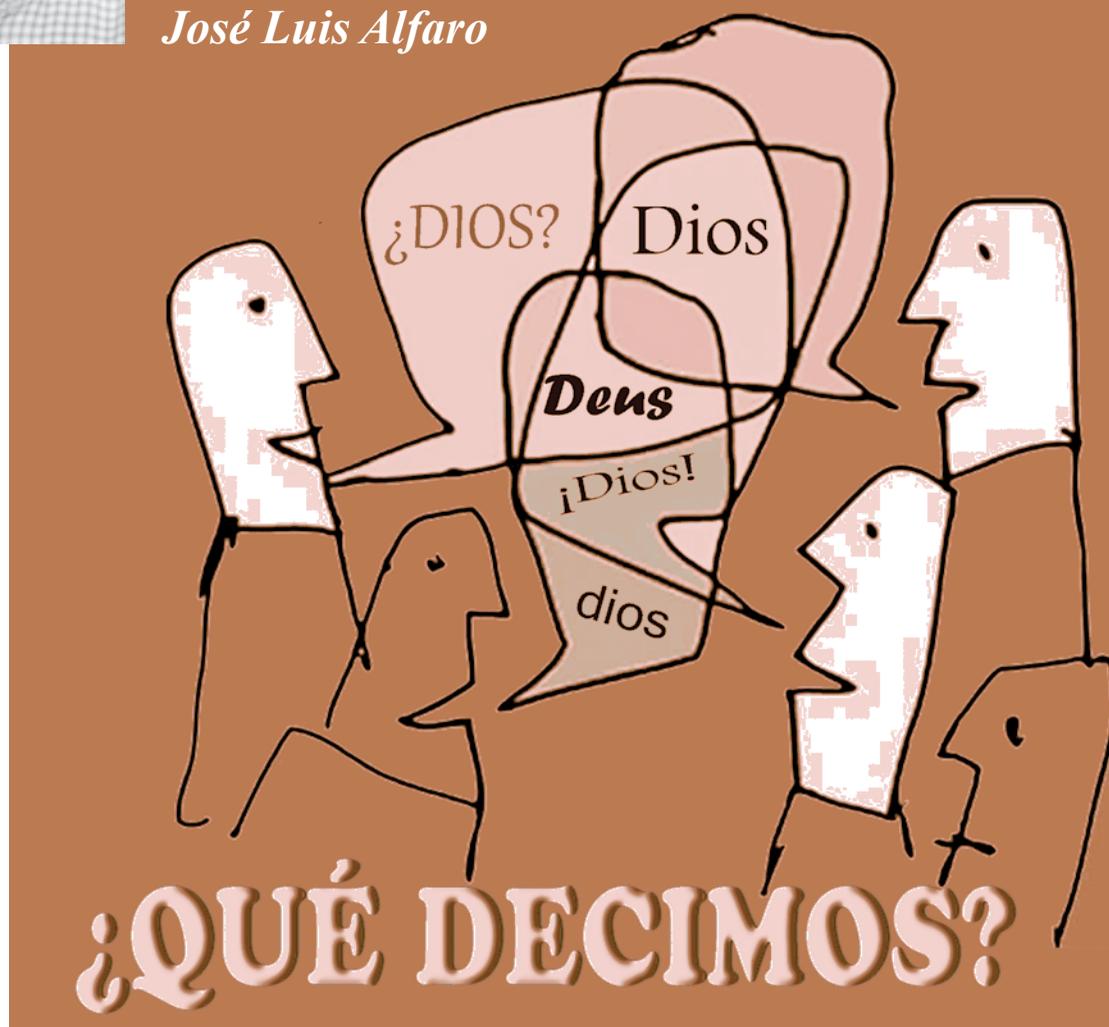


UN GRANO DE SAL



José Luis Alfaro



¿Qué decimos cuando decimos Dios?

«Es una enorme ilusión imaginarse que uno se ajusta a la realidad sin más a través de su lenguaje; y que éste es un medio de resolver los problemas de la comunicación: La verdad de la cuestión es que el mundo real está construido inconscientemente, en gran medida, sobre los hábitos lingüísticos del grupo social.»
(Benjamin Lee Whorf)

1.- LENGUAJE Y COMPORTAMIENTO

El ser humano habla. Hablamos en la vigilia y en el sueño. Hablamos sin parar, incluso cuando no pronunciamos ninguna palabra, sino que escuchamos o leemos; hablamos tanto si nos dedicamos a una tarea o si nos abandonamos en el ocio. Hablamos constantemente de una u otra forma. Hablamos, porque hablar es connatural al ser humano. El hablar no nace de un acto particular de la voluntad. Se dice que el ser humano es hablante por naturaleza. La persona es persona en cuanto que es capaz de hablar. El lenguaje es una especie de estructura latente en la mente humana, que se desarrolla y fija por exposición a una experiencia lingüística específica. El lenguaje es un medio de comunicación, exclusivo de los seres humanos.

Códigos lingüísticos de Berstein.

En la obra de Bernstein el lenguaje constituye un campo de estudio fundamental para comprender la transmisión cultural. Es por medio del lenguaje que el orden

social se interioriza y que la estructura social se incorpora en la experiencia del individuo.

Por medio del lenguaje se transmite cultura, pero también comportamientos religiosos, sentimientos, emociones. . .

Berstein distingue dos tipos de códigos lingüísticos:

El código restringido que es el que la comunicación se hace con un reducido número de palabras. Muchas personas viven en un entorno muy familiar, en donde los valores y las normas se dan por supuestas y no se expresan mediante el lenguaje. El discurso está orientado a las normas del grupo, sin saber por qué. El uso de este código da acceso a un orden de significados particularista. También suele decirse que el uso de un código restringido es propio de ambientes cerrados como el ejército.

El código elaborado es el que la comunicación se hace con un vocabulario muy amplio de palabras y que por lo tanto es el usado por ambientes socioculturales elevados. Comprende una forma de hablar en la que los significados de las palabras pueden individualizarse para adecuarse a las demandas de situaciones particulares. Las personas que poseen este código pueden generalizar y expresar ideas abstractas con mayor facilidad, ya que de la forma que aprenden el lenguaje, está menos ligada a contextos particulares.

Berstein plantea que los niños que han adquirido códigos de habla elaborados, son más capaces de abordar las exigencias de la Educación Académica. Esto no implica que los niños con código restringido tengan un tipo de habla inferior, o que sus códigos lingüísticos sean deficientes. Significa que el modo en el que usan el lenguaje choca con la cultura académica de la escuela. Los que dominan códigos elaborados se adaptan mejor al entorno escolar.

Por otra parte se ha demostrado en investigaciones recientes que las personas poseedoras de un código elaborado tienen más posibilidades pues el uso de un código lingüístico elaborado favorece que las uniones intercelulares de las neuronas se unan con más amplitud ya que la arborización terminal del axón tiene más ramificaciones en personas que utilizan códigos elaborados. Esto hace que un código elaborado haga subir el coeficiente intelectual de la persona.

La posibilidad de conocer el mundo circundante descansa, en primer lugar, en nuestras sensaciones, percepciones y representaciones y, luego, en la posibilidad, a partir de ellas, de elaborar conceptos, juicios y razonamientos, mediante el pensamiento verbal, y darlos a conocer a los demás a través del lenguaje hablado o escrito. .

Podemos pues afirmar que el lenguaje no se adapta sencillamente a la realidad y la describe sino que es el mismo lenguaje el que poco a poco va configurando y creando la realidad.

Podemos concluir que no es el coeficiente intelectual el que crea y organiza el lenguaje sino, al revés, que es el lenguaje el que influye, y mucho, en el coeficiente intelectual.

En el campo de la espiritualidad, la teología, la religión, es también el lenguaje el que crea la manera de practicar la religión y de vivir la espiritualidad. Así, si en la liturgia, en la teología, en la espiritualidad seguimos relacionándonos con Dios, con las mismas palabras, los mismos ritos, las mismas expresiones de la edad media,

*El lenguaje
no se adapta
sencillamente
a la realidad
y la describe
sino que es
el mismo
lenguaje
el que
poco
a poco
va
configurando
y creando
la realidad.*

Aquel lenguaje que cada cual comprendió durante mil años, se volvió poco a poco un idioma extranjero, una lengua muerta.

nuestra espiritualidad y nuestra práctica religiosa será propia de la edad media, de ninguna manera propia de la edad que nos ha tocado vivir.

Si entendemos un Dios omnipotente, intervencionista, premiador y castigador... pues nos volveremos ateos porque en ese Dios no creemos.

2.- HABLAR SIN DARSE A ENTENDER

El final de un idioma oculto es lo que nos dice en «Otro cristianismo es posible» Roger Lenaers: El individuo, los grupos y las culturas expresan colectivamente lo que piensan, lo que se imaginan, lo que temen, lo que juzgan valioso. Lo hacen tanto en frases doctrinales, prescripciones y directrices, como en tradiciones, usos, convicciones colectivas, rituales, tabúes.

A lo largo de los siglos el grupo cultural cristiano occidental ha desarrollado su propia estética para expresar lo que pensaba y sentía colectivamente. Esto quiere decir que se ha construido su propio lenguaje, en el sentido tanto estricto como amplio, ha formulado leyes y confesiones, ha creado rituales y los ha hecho obligatorios

Pero luego ha sucedido algo asombroso. Aquel lenguaje que cada cual comprendió durante 1000 años en Occidente, se volvió poco a poco un idioma extranjero, una lengua muerta, comprensible sólo por aquellos que anteriormente habían sido educados en ella.

Si los círculos conservadores de las iglesias occidentales consideran que éste es un fenómeno completamente misterioso, ello se debe a que no captan o no quieren captar algo sumamente importante: y es que cada lenguaje, aun el cristiano, está ligado a su tiempo. El lenguaje de la comunidad cristiana tuvo origen en una fase cultural bien determinada y aún conserva señales de ello. Sirvió para expresar las experiencias y representaciones de un grupo, pequeño en sus inicios, que en su búsqueda de la realidad trascendente de «Dios», se dejó inspirar y guiar por la figura mesiánica de Jesús de Nazaret. El lenguaje de este pequeño grupo del siglo I se extendió poco a poco, en la medida en que otros reconocieron en su mensaje algunas o muchas cosas semejantes a las de su propia búsqueda y de sus hallazgos, lo que los confirmaba y los llevaba a unirse con ellos.

Lo mismo sucedió cuando la dirección de la Iglesia, haciendo uso de apropiados medios de presión, logró imponer tal lenguaje.

A lo largo de la historia, el lenguaje eclesiástico ha evolucionado muy lentamente, creando con ello las condiciones para que los aromas y colores típicos de muchos siglos se le fueran adhiriendo. Dado que en cada época la buena nueva del Jesús se vestía con el ropaje lingüístico de su respectiva cultura—incluyendo las deformaciones, errores y limitaciones de esta misma— siempre fue aceptado sin mayor resistencia. La gente se hallaba bien con él, pues cada cual se iba encontrando a sí mismo en las sucesivas formulaciones.

En el siglo XV sin embargo, en la sociedad occidental, se hizo sentir un movimiento que pronto se desarrolló como una revolución copernicana. El humanismo de este siglo hizo emerger en el siglo siguiente las ciencias modernas que en pocos siglos cambiaron la faz de la tierra. Los desarrollos alcanzados en la esfera del mundo material se reflejan siempre en un cambio paralelo en las maneras de ver.

En este contexto Karl Marx explicó que el cambio en la superestructura es consecuencia del cambio en la base material. Pero, el cambio en las maneras de ver, necesariamente, produce un cambio en el lenguaje. Pues éste es la expresión de la forma en que cada cultura vivencia la realidad. Las palabras pierden el contenido antiguo, pues adquieren un nuevo significado y otros matices de sentimientos. O en el caso contrario, se vuelven completamente incomprensibles.

Lo mismo sucede con las costumbres, que se vuelven obsoletas, y con las normas, que pierden su sentido, y con las representaciones figuradas, que se vuelven impenetrables. Un ejemplo de ello en el dominio de las palabras: hoy día un rey es sólo un representante del Estado y debe cumplir las leyes impuestas por el pueblo. Lo que es algo completamente distinto a lo que en este contexto entiende el lenguaje bíblico y eclesiástico cuando habla de Dios como rey: una instancia revestida de poder absoluto que imparte leyes y está por encima de ellas.

La democracia ha dejado atrás a la autocracia. La palabra permanece, pero ha adquirido un sentido distinto. Algo semejante es lo que sucede con el término medio de los fieles hoy día cuando escuchan la epístola a los Romanos donde Pablo habla sobre la ley y la carne; pues lo que ellos entienden está a leguas de lo que Pablo quería decir con ello. La confusión es inevitable. En vez de un anuncio, lo que resulta es una deformación y un engaño. Esto vale para muchas cosas en el lenguaje eclesiástico y litúrgico, así como en el ámbito de otros usos y rituales, y aun del lenguaje bíblico, que es el origen de los otros.

Pero con el discurrir de la historia las palabras pierden el contenido antiguo, pues adquieren un nuevo significado y otros matices de sentimientos. O en el caso contrario, se vuelven completamente incomprensibles.

Si el anuncio no les llega ni atañe a las personas, es simplemente porque las representaciones usadas por la iglesia en su predicación, su imagen del mundo y de la humanidad, así como la imagen de Dios mismo, se han quedado en la Edad Media, mientras que la sociedad occidental se aleja de ésta a una velocidad cada vez mayor.

Quien habla como en la Edad Media, piensa y siente también así. Este lenguaje ha llegado a ser un idioma «extranjero» para la gente que piensa y siente de acuerdo a los tiempos modernos, tan extranjero como lo era el latín eclesiástico.

De aquí la importancia que tiene el lenguaje en la manera de vivir la fe. El mismo lenguaje y la manera de utilizarlo tanto en códigos restringidos como en códigos elaborados es realmente formando la idea que de Dios tenemos y transmitimos.

Es cierto que cuando decimos Dios no todos entendemos lo mismo...

*Quien habla
como en la
Edad Media,
piensa
y siente
también así.*

3.- ¿QUÉ DECIMOS CUANDO DECIMOS DIOS?

Nuestro Credo Apostólico comienza con las palabras «Creo en Dios...», una confesión que pasa por nuestros labios con mucha facilidad. Sin embargo, la palabra «Dios» es todo menos fácil de entender. Aunque la pronunciamos muchas veces a lo largo del día y la podemos escuchar en las calles y plazas de nuestro mundo: «¡Dios mío! ¡Santo Dios! ¡Vaya por Dios! ¡Como Dios manda!», etc. Éstas son algunas de las exclamaciones que se pueden oír por todas partes.

Algunos tal vez se sirven de formulaciones algo más piadosas: «Dios mediante...», o «si Dios quiere»; etc. La palabra «Dios» forma parte de nuestro lenguaje diario, hasta tal punto que uno puede preguntarse si no habría que hablar de una inflación de este vocablo. El uso abundante de la palabra «Dios» contrasta con una sociedad que cada vez menos pregunta de verdad por el contenido y por aquello y aquel a que nos referimos cuando decimos «Dios», para no hablar de todas aquellas barbaridades y cosas terribles que se han cometido a lo largo de nuestra historia cristiana en el nombre de «Dios».

El Pastor Alfredo Mira dijo (*Protestantismo en 100 palabras, Madrid 2005, 153*): «Cuando decimos ‘Dios’, ¿qué queremos expresar? La palabra ‘mesa’ trae a mi mente un tablero con patas. Si digo ‘sombrero’, pienso en algo redondo para cubrir la cabeza... pero al decir ‘Dios’, ninguna imagen viene.»

Lo que acabamos de citar también lo encontramos en la Biblia con una formulación algo más clásica: «A Dios nadie lo vio jamás» (Jn 1,18). Este es el dilema de nuestra fe, de la religión en general: no conocemos el objeto sobre el cual estamos hablando y sobre el que nos hemos propuesto decir algo útil. Pero, ¿cómo podemos atrevernos a hablar sobre algo y alguien al que no podemos ver? Y si la Biblia dice que «nadie lo vio jamás», lo que nos da a entender es que en el fondo no lo conocemos, no podemos decir nada seguro sobre él. Dios no es accesible a nuestro conocimiento como lo son una mesa y un sombrero. Luego Dios no es ni siquiera un objeto de nuestro conocimiento. Entonces, ¿No es la palabra «Dios» una noción sin contenido, algo hueco, algo que se dice pronto y sin pensar pero que en el fondo no dice nada y se podría decir cualquier otra cosa?

La palabra «Dios» es como un veterano viajero al que, después de atravesar los mares, los valles y montañas de la historia humana se le ha pegado el polvo de muchos siglos, continentes y aventuras de pueblos.

La noción «Dios» no pertenece a ninguna religión sino que es un testimonio de la actividad religiosa de los seres humanos desde los tiempos más remotos. Más que significar algo en concreto, la palabra «Dios» pone de manifiesto que hay algo que trasciende la condición humana y la orienta hacia algo mayor. Podemos decirlo de una forma más clara todavía: «Dios» es un término sin significado propio, una palabra que de por sí no posee ningún contenido específico. Es la religión, el credo, la experiencia existencialmente religiosa, la historia salvífica, las imágenes de la divinidad, los relatos de la comunidad sagrada, etc., los que le dan contenido y significado específico.

¿Cómo podemos atrevernos a hablar sobre Dios si alguien al que no podemos ver?

4.- CUANDO TÚ DICES DIOS, YO ME HUELO OTRA COSA

A sí en el cielo como en la tierra:

«Así en el Cielo como en la Tierra» es una película española dirigida por José Luis Cuerda. La película presenta el cielo como una copia absurda de la tierra, donde Dios Padre, Jesucristo, la Virgen María, San Pedro y otros personajes bíblicos conviven al más puro estilo de vida castellano de posguerra. Es una película surrealista que nos presenta a un Dios antropomorfo con las virtudes y los defectos de todo ser humano.

Pues lo que ocurre en la película es lo que se ha hecho con Dios: hemos hecho, hemos fabricado a un «dios» a nuestra imagen y semejanza con las virtudes buenas que descubrimos en los seres humanos y así hemos definido los «atributos» de Dios, pero también con los defectos propios nuestros y así hemos fabricado a la vez a un Dios justiciero, vengador, deseoso de sangre...—hasta la de su hijo—, castigador, consentidor de males, repartidor de enfermedades... hasta hemos llegado a decir «eso es la voluntad de dios» para forzar a una obediencia ciega y absurda, cuando en realidad «eso» era la voluntad del superior religioso de turno.

Que cada uno entendemos una cosa, de tal modo que puedo decir que en el Dios que algunos creen no creo yo.

Juan Arias en su libro «el Dios en quien no creo» (Ed. Sigueme, Salamanca, 1970) que ha sido traducido prácticamente a todos los idiomas del que en el 2008 se hacía su vigésimo quinta edición termina dando una exhaustiva relación de los «dioses» en los que no cree. Yo la reduzco y la hago mía.

Sí, yo nunca creeré en:

el Dios que esté al acecho para sorpendernos en un pecado de debilidad y que «juega» a condenar.

el Dios que condene la materia,

el Dios que ame el dolor,

el Dios que ponga luz roja a las alegrías humanas,

el Dios mago y hechicero,

el Dios que se hace temer,

el Dios que se haga monopolio de una Iglesia, de una raza, de una cultura, de una casta.

el Dios arbitro que juzga sólo con el reglamento en la mano.

el Dios que «manda» al infierno,

el Dios incapaz de perdonar lo que muchas personas condenan,

el Dios que exija al ser humano, para creer, renunciar a ser humano,

el Dios a quien no temen los ricos a cuya puerta yace el hambre y la miseria.

el Dios que condene la sexualidad,

el Dios del «ya me las pagarás»,

el Dios morfina para la reforma de la tierra, que aquí nos pide resignación para

Hemos fabricado a un «dios» a nuestra imagen y semejanza con las virtudes buenas que descubrimos en los seres humanos pero también con nuestros propios defectos.

*¿Dónde
hemos
situado
a Dios
a lo largo
de la
historia?*

poder cumplir la esperanza en la vida futura,
 el Dios que predicen algunos curas que creen que el infierno está abarrotado
 y el cielo casi vacío,
 el Dios que ponga la ley por encima de la conciencia,
 el Dios que fundase una Iglesia estática, inmovilista, incapaz de purificarse, de
 perfeccionarse y de evolucionar,
 el Dios que prefiera a los ricos y poderosos,
 el Dios que «cause» el cáncer o envíe enfermedades y muertes,
 el Dios a quien sólo se le puede encontrar en el templo,
 el Dios que no saliera al encuentro de quien le ha abandonado,
 el Dios incapaz de hacer nuevas todas las cosas,
 el Dios que prefiera la pureza al amor,
Sí, mi Dios es el otro Dios.

5.- ABUELO, ¿DÓNDE ESTÁ DIOS?

Las clásicas Preguntas sobre Dios, de Victor Jara, reflejan de modo sangrante lo que busca reflexiva la teología de la liberación.

Un día yo pregunté: Abuelo, dónde está Dios.

Mi abuelo se puso triste, y nada me respondió.

Mi abuelo murió en los campos, sin rezo ni confesión.

Y lo enterraron los indios, flauta de caña y tambor.

Al tiempo yo pregunté: ¿Padre, qué sabes de Dios?

Mi padre se puso serio y nada me respondió.

Mi padre murió en la mina sin doctor ni protección.

¡Color de sangre minera tiene el oro del patrón!

Mi hermano vive en los montes y no conoce una flor.

Sudor, malaria, serpientes, la vida del leñador.

Y que nadie le pregunte si sabe dónde está Dios.

Por su casa no ha pasado tan importante señor.

Yo canto por los caminos, y cuando estoy en prisión

oigo las voces del pueblo que canta mejor que yo.

Hay un asunto en la tierra más importante que Dios.

Y es que nadie escupa sangre pa que otro viva mejor.

¿Que Dios vela por los pobres? Tal vez sí, y tal vez no.

Pero es seguro que almuerza en la mesa del patrón.

Victor Jara escribió esta canción para Atahualpa Yupanqui que cantó a los trabajadores, a los campesinos, a la libertad. El obispo Casaldáliga nos dirá: donde tú dices libertad yo digo Dios.

En esta canción se habla de Dios, de ese Dios al que muchas veces la institución eclesial ha puesto junto a los poderosos, ese Dios que no come en la mesa de los pobres, sino en "la del patrón".

Ese Dios, Dios falso, que está al lado del poder en vez de junto a los reprimidos,

que apoya a los que explotan frente a los explotados, incapaz de sufrir con los que sufren mientras disfruta con los que bien viven.

El dios cristiano, que en un principio fue de los desposeídos, de los explotados, de los necesitados, ha sido colocado del lado de los poderosos.

6.-VAMOS A VER... VAMOS A VER SI NOS ACLARAMOS

Es que desde hace unos cuantos años aquí no hay quien se entienda.

En otro tiempo todo estaba dividido más claramente: Buenos y malos, creyentes y ateos, católicos y protestantes, americanos y rusos, los que iban a misa y los que no iban a misa.

Todo estaba atado y bien atado (con perdón), clasificado y bien clasificado.

Pero hoy me parece que todo está liado y bien liado, como nos cuenta Martín Valmaseda. En su cuaderno de Alandar «Cuando tú dices Dios, yo me huelo otra cosa»

Ni siquiera hay una película del oeste como las de antes: donde el bueno y la chica eran el bueno y la chica, donde al malo y a la mujer fatal se les notaba en la cara y donde al final moría el malo, y el bueno y la chica se daban el beso.

Hoy el bueno se casa por lo civil con la mujer fatal. La chica se lía con el malo a media película y luego se suicida y hay otro vaquero de segunda categoría que se escapa de la pantalla por el patio de butacas y aparece al día siguiente en una casa blanca amenazando con misiles a los indios..., a unos indios que unos dicen que son malos y otros que son buenos. Todo liado y bien liado.

Y de este lío no se libra ni dios.

¿He dicho dios?.. Pero fijáos, que lo he dicho con letra pequeña, con minúsculas, o sea, nombre común. Porque bajo ese nombre de cuatro letras, nosotros, metemos las ideas más raras.

A mí me dice uno: «Yo creo en dios»; y yo que conozco a ese que lo dice pienso por lo bajo: ¿En qué dios creará ese colega?, porque por el modo como se explica ese dios no es DIOS. Otro día me dice otro: «Yo soy ateo»; y me dan ganas de decirle: «Yo también debo de ser ateo, compañero: en ese dios en quien tú no crees, yo tampoco creo». Ya lo dice un obispo, que ni parece obispo ni nada: ¡mira que irse por ahí un obispo en mangas de camisa, viviendo en una choza entre los indios ... Vuelvo a lo que iba: que ese obispo dice que «Donde tú dices Ley, yo digo Dios. Donde tú dices paz, justicia, amor ¡yo digo Dios!

Donde tú dices Dios ¡yo digo Libertad, Justicia, Amor!
y donde yo digo dios, ¡cualquiera sabe lo que tú dices!

Todo liado y bien liado. Ni con Dios se aclara uno. Antes te hacían aprenderte cómo era Dios, como si lo hubieran visto.

Yo recuerdo aún las preguntas y respuestas que de niño me aprendí del catecismo, catecismo del P. Ripalda y ahora de adulto, creo que en ese Dios no creo.

En otro tiempo todo estaba claro: sabías si tenías que comer carno o no, lo que era pecado, quien era dios, qué es el cielo...

—¿Quién es Dios?

—Dios es nuestro Padre, que está en los cielos, Creador y Señor de todas las cosas, que premia a los buenos y castiga a los malos.

—¿Dios lo ve todo?

—Dios lo ve todo, lo pasado, lo presente y lo futuro, y hasta los más ocultos pensamientos. Aunque estemos escondidos siempre nos está viendo.

—¿Dónde está Dios?

Dios está en los cielos, en la tierra y en todo lugar por esencia, presencia y potencia

Yo no creo en el Dios opio del pueblo, es el Dios que tranquiliza y aparta de la realidad.

Es opio, morfina, anfetamina, por lo menos optalidón. A ese Dios habría que darlo con receta.

Ese Dios lo que pide son novenas para conseguir la gracia que se desee alcanzar y a cambio hacerle una promesa: un toma y daca, un comercio, un te doy para que me des. Pide una serie de oraciones rezadas como un robot, pide «cumplir» unas reglas, pide llevar al niño a bautizar cuando no se entera, llevarle a hacer «la comunión» cuando casi no se entera, enterrar al abuelo con cura cuando, evidentemente, no se entera y casarse por la Iglesia evidentemente en estado semiinconsciente.

El Dios opio pide resignación ante las injusticias, pide que los ricos sigan siendo ricos para que puedan hacer limosnas y los pobres sigan siendo pobres porque si no ¿a quién iban a dar limosna los ricos?

7.- ¿EN QUÉ DIOS CREO YO ENTONCES?

En un Dios peligroso es en quien yo creo. En un Dios que se rebela contra el faraón, contra el patrón explotador, contra el dictador, contra el matón.

Creo en Dios que anima a los médicos a que luchen contra el cáncer, contra la epidemia, contra la «colza» y contra los culpables de ella; que anima a los campesinos a que luchen contra la sequía, las plagas, y los acaparadores de la cosecha.

Creo en un Dios que excita todas las posibilidades de quererse más y exige que se creen las condiciones para poder quererse.

Mi Dios es antirracista, antiesclavista, antibelicista, antidictatorial..., porque no solamente creó al género humano, sino que quiere que las personas se sigan recreando y no se queden como un mono colgado de cualquier rama o cable.

Este Dios no cree en la persona individualista, aislada, sino en la que se organiza, se asocia a cualquier gente.

Bueno, pues ése es el Dios que Jesús nos anunció.

Se podrá decir que del Evangelio se pueden interpretar muchas cosas... Os digo que no: que se podrán discutir algunos puntos, pero lo de Dios amigo, Padre, liberador, partidario de los pobres... eso no se puede discutir. Bueno... sí se puede, pero leos el Evangelio entero y —si no es que agarra alguna frase por los pelos— veréis qué Dios nos presenta Jesús.

Hay dioses para todos los gustos: dioses con los que puede uno evadirse y

Yo no creo en el Dios que tranquiliza y aparta de la realidad.

hacer sus negocios sin remordimiento de conciencia, dioses para dormirse en el templo o para tragarse mentiras, dioses para robar, para poder estafar tranquilamente, para poder aumentar el número de gente sin trabajo, para matar en nombre de dios... Pero Jesús no nos habla de ese Dios.

Yo creo en Dios como me lo cuenta Jesús.

Para terminar os copio el editorial del nº 97 de TIEMPO DE HABLAR.

Ahí, se resume también mi propia fe en Dios. Esta es mi fe:

Encarnita es una catequista que quiere transmitir, de verdad, lo que ella vive. En la educación de la fe piensa que no es con palabras solamente como ha de transmitir la fe en Jesús sino con un testimonio vital. Un día, pensó que el grupo de catequesis podía elaborar «un credo», una síntesis de fe. Para que las creencias de los chicos y chicas fueran algo propio de ellos, no simplemente heredado.

Pero quiso ella, Encarnita, primero realizarlo personalmente.

Manos a la obra: se informó... se metió en «internet» y al principio comenzó a navegar....

Encontró muchos credos, que en vez de aclararle la confundieron; así se topó de narices con «credo de un ateo», «credo del optimista», «credo bolivariano», «credo legionario» «credo para cristianos», «credo social»... y ella presentía que no era esto lo que buscaba...

Pareció que encontró algo más de luz y se metió en el «Credo de los Apóstoles»: le pareció algo muy frío, muy racional, muy dirigido a la cabeza. Se pasó al «Credo de Atanasio» y encontró en la primera línea: «Todo el que quiera salvarse, ante todo es menester que mantenga la fe Católica; el que no la guarde íntegra e inviolada, sin duda perecerá para siempre». Miró Encarnita fijamente a la pantalla, resopló hacia arriba y su flequillo se remolinó a la vez que ella pensaba, «Dios mío, qué fuerte».

Se metió después nada menos que en el «Credo de Nicea» y qué curioso, le sonaba mucho, hasta se lo sabía de memoria... lo había repetido muchas veces en las misas... le sonó a formulismo, a memoria, a dogma... y pensó «mi fe tiene que ser algo más vivo» y dejándose el credo de Nicea a un lado se fue navegando hacia el «Credo Niceno-constantinopolitano», que, ya de entrada, le pareció algo muy largo, y descubrió que se hizo para rebatir a los herejes... no le gustaba mucho pero menos aún cuando vio que «Genitum, non factum, consubstantialem Patri [...] et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine, et homo factus est» pues pensó que este credo era para «entendedidos» que hasta deben saber latín, su síntesis de fe, su credo tenía que ser mucho más breve

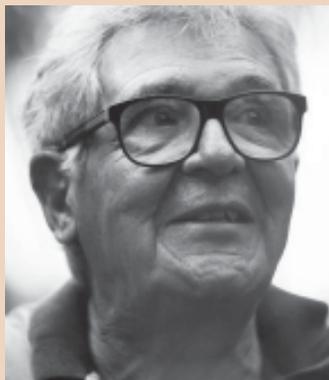
Y dejó internet, y apagó el ordenador, y Encarnita se fue a dar un buen paseo por el parque y, según dice ella, se alegró viendo a los niños jugar, a los ancianos tomar el sol, a las palomas revolotear, y, según dice ella, sintiendo el olor a los pinos, todo eso era una oración de contemplación, una visión del verdadero Dios que allí se hacía presente... Y se acordó de su credo, la síntesis de su fe que se había propuesto hacer. Se sentó en un banco, miró hacia el cielo por entre las copas de los pinos y dijo:

« Señor, yo creo, pero no estoy muy segura »

Y pensó que esa era su fe.

Amen.

*Creo en un
Dios
que excita
todas las
posibilidades
de quererse
más
y exige
que se creen
las
condiciones
para poder
quererse.*



¿Se vive mejor sin Dios?

Juan Arias.

Difícil responder a esa pregunta, ya que para mí si Dios sirve para algo debería ser para los tiempos de alegría y felicidad, no para los tiempos del miedo.

Me pregunta un amigo por qué en tiempos de crisis, incluso las económicas como en la actualidad, el ser humano se refugia más en la fe en Dios. Difícil responder a esa pregunta, ya que para mí si Dios sirve para algo debería ser para los tiempos de alegría y felicidad, no para los tiempos del miedo.

Los padres del científico y escritor Leonard Mlodinov se salvaron de las garras del Holocausto. Él mismo salvó su vida el fatídico 11 de septiembre, en los bajos de una de las Torres Gemelas de Nueva York cuando se hundió. En una entrevista le preguntaron en Brasil qué sentía al saber que Dios había salvado milagrosamente su vida y la de sus padres.

Respondió: «No fue Dios, sino el acaso».

Y añadió: «¿Qué Dios sería ese que salva a mis padres del nazismo y deja morir a seis millones de otros judíos?». «¿Qué Dios sería ese que me salva del atentado terrorista de Nueva York y deja morir a otras 3.000 personas?». Difícil encontrar a Dios en los escombros de la muerte.

Lectores que no conozco suelen preguntarme, unos con respeto, otros, menos, si pienso que sin Dios se acaba viviendo mejor. Escribí hace 40 años un libro que se titulaba «El Dios en quien no creo». Había sido el título de un artículo publicado en el desaparecido diario Pueblo de Madrid. Se les había colado a los censores franquistas. Quizás porque pensaron que si hablaba de Dios no podía ser nada subversivo. Lo era para la España católica y cerrada de entonces.

Me citó a su despacho el entonces arzobispo de Madrid, Casimiro Morcillo. Me dijo que el artículo estaba ayudando a los españoles a hacerse ateos porque afirmaba entre otras cosas que si Dios existe no podía existir el infierno y que no podía curar a unos y dejar morir a otros. Le mostré la carta que acababa de recibir de un matrimonio joven, en la que me decían que habían recortado el artículo y conservado para cuando sus dos hijos pequeños fueran mayores. «Nosotros no somos creyentes, pero si nuestros hijos un día quisieran creer, nos gustaría que creyeran en ese Dios irreconciliable con el infierno», decían.

*El Dios del
miedo
es el Dios
que no
merece
existir.*

No sirvió de nada. Desde aquel día, además de la censura franquista, la Iglesia de Madrid me impuso otro censor para mi columna de *Pueblo*, que se titulaba «Las cosas claras». Sobre aquel libro, nacido de aquel artículo y traducido hoy a 10 idiomas, dos señoras encopetadas, cuando volvía en tren de Asís, donde había sido publicado, mirando con recelo la portada, me preguntaron: «¿Ese libro es a favor o en contra?» «Eso depende, señoras», les respondí.

Cada vez que hoy me preguntan, si creo que es mejor creer o no creer en Dios suelo responder que eso no tiene importancia, ya que si existiese Dios, lo importante sería que él creyera en nosotros, como me había dicho monseñor Romero, quizás en su última entrevista antes de ser asesinado a tiros mientras celebraba la Eucaristía.

¿Se es más feliz sin Dios? Depende, señores. Difícil sentirse libres y realizados con el Dios al que aman y adoran los dictadores -con los que, por cierto, la Iglesia siempre se ha entendido mejor que con los demócratas-; difícil con el Dios absolutista incompatible con la democracia o con el Dios que recela de la sexualidad.

Es difícil que las personas, jóvenes o adultas, no lleven dentro de sí la sombra de un Dios castrador, aquel del que en un colegio de religiosas la madre superiora había escrito en los retretes de las alumnas: «Dios te está mirando».

El famoso poeta brasileño João Cabral de Melo Neto, cuando estaba para morir, quiso hablar con un sacerdote de la Teología de la Liberación. Le confesó que era ateo, pero que en aquella hora final lo asaltaba el miedo de «aquél infierno del que me hablaban de niño en la Iglesia». El teólogo le dijo que, además de no existir el infierno, un poeta nunca tendría lugar en él. Aquel teólogo era Leonardo Boff, condenado al silencio por el entonces cardenal Ratzinger y después papa Benedicto XVI.

El Dios del miedo es el Dios que no merece existir. El miedo es argamasa humana, es el arma de todos los poderes de la Tierra, no tiene nada de divino. Es tirano. Solo la felicidad es liberadora. El miedo es usado y abusado por las Iglesias institucionales. Jesús nunca impuso miedos a los que le seguían. Se los quitaba. Él los tuvo también. Tuvo miedo de morir, sudó sangre ante la inminencia de su muerte, pidió explicaciones a Dios de por qué dejaba que lo mataran si era inocente. Y de él tuvieron miedo los hipócritas y los poderosos, nunca los arrinconados o indignados.

Aquel profeta tenía solo un pecado: no creía en el sufrimiento ni en el dolor ni en la muerte como armas de redención. No soportaba ver sufrir a nadie. No le gustaban los muertos y los resucitaba. Nunca pidió a sus apóstoles que hicieran ayunos y penitencias, ni que fueran héroes o vírgenes. Estaban todos casados.

Y no fue un profeta fácil: exigió, con naturalidad, algo que nos parece locura: devolver bien por mal. Sabía que la felicidad -que era su única teología- se engendra en la paz y no en la guerra, en el perdón y no en la venganza.

¿Se vive mejor sin Dios? «Depende, señores». Sin el que ofrecen las iglesias que no te permite morirte en paz, ni hacer el amor sin que te espíe como un policía, se vive mejor. Se vive mejor sin el Dios que pretende adueñarse de lo más

*Aquel
profeta
no creía
en el
sufrimiento
ni en el dolor
ni en la
muerte
como armas
de
redención.*

sagrado del ser humano: su libertad y su conciencia. Por lo menos, sin él, se vive sin menos miedos, que no es poco.

¿Y con el Dios en el que creía monseñor Romero cuando lo acribillaron a balas en el altar por defender a los pobres contra el poder, se vive mejor?, se preguntarán algunos. ¿Se vive mejor con el Dios que apuesta siempre por los que pierden, el Dios de aquel Jesús que no solo perdonó en la cruz a los que blasfemaban contra él, sino que hasta los excusó: "Perdónales, porque no saben lo que hacen", expresión máxima del amor supremo que no humilla ni cuando perdona?

Creo que como mejor se vive es siendo fiel a la voz de la conciencia, más severa que las leyes porque no es posible burlarla, y que constituye la única fuente de libertad. El cardenal Newman, convertido del protestantismo al catolicismo, fue un defensor del primado de la conciencia sobre la ley. En la Carta al Duque de Norfolk cuenta que, si se viera obligado a hacer un brindis, lo haría "primero a la conciencia y después al Papa". Newman tiene una frase que aún hoy, después de dos siglos, sigue poniendo los pelos de punta a la Iglesia y a los teólogos tradicionales: "Prefiero equivocarme siguiendo a mi conciencia, que acertar en contra de ella". La Iglesia defiende, al revés, que la conciencia debe ser antes formada. Por ella y con el miedo, claro.

¿Se vive mejor sin Dios? Depende. Quizás se tenga a veces la tentación de creer en alguien más que humano, capaz de exorcizar la crueldad que siembra de muertos inocentes el planeta, la que pisotea a los que no tienen poder, la que exalta a los aprovechados, la que discrimina a los diferentes, la que violenta a los niños, la que quiere imponer a su Dios, la que humilla a la libertad. Pero ese, ¿no será más bien el Dios de nuestros sueños?

Se podría vivir mejor solo con el Dios -si existiese- capaz de quitarnos a los mortales el miedo supremo de la muerte, sin la cual, curiosamente, dejarían de existir las religiones, como afirmaba Saramago. Se viviría mejor con el Dios que no nos prohibiese soñar. ¿Existe?

http://elpais.com/diario/2011/10/12/opinion/1318370404_850215.html

